

NUESTRA CARATULA

SEGUN DON MIGUEL
OTHON ROBLEDO.

Cayó como los buenos. Su cadáver
abandonado en el desierto impío,
fué respetado de las mismas fieras,
del sol de fuego y del agudo frío.

Y con el tiempo, la blancura excelsa
del cráneo, refulgió sobre las flores,
y en él formaron nido alegremente
dos jóvenes y alados trovadores.

Y al llegar el abril garrulo y riente
era de ver por la mañana fresca
salir de la macabra bohardilla,
la cantora parvada pintoresca.

Un sabio, algún poeta, algún artista,
vió cierta vez con asombrado encanto
cómo brotaban de la helada muerte
los pájaros, hermanos de su canto,
y así exclamó con líricos arrobos:

“¡Oh! buena y santa y cariñosa mano
que has puesto ante mis ojos el prodigio
y me enseñas a ver en el arcano,
bendita tú, porque con alta gracia
en alma de mortal pones la audacia
y haces fecundo hasta el despojo humano;
pues que por tí la calavera blanca
es símbolo creador, hogar del grito
de vida, que brotando de la muerte,
se hace canción, y puebla el infinito.”

